

José Napoleon fué luego coronado. España se negó á reconocerlo. Los debates acerca de esto fueron largos y pesados; Napoleon se habia olvidado de todos los respetos que se debian á Cárlos IV. El embajador frances se adelantó conmigo en términos no usados hasta entonces, y fuera que se hallára autorizado para la amenaza, fuese que Beurnonville hablase solo por su cuenta, que para mí no era creible se atreviese á tanto, ví al fin patentemente que la casa de Borbon estaba ya marcada como un árbol que estorbando en el camino se quiere echar abajo. «Príncipe, me dijo un dia, yo el primero de » todos encuentro que alabar en esa devocion que V. » profesa á Cárlos IV y á todos los Borbones: como V., y tambien se la he tenido á esa familia » augusta; pero hay casos en que es necesidad y es » una gran prudencia resignarse á los destinos. Al » punto á que han llegado los sucesos despues de » tantas guerras y trastornos, otro cualquiera que » reinase en Francia, que no fuera Napoleon, y que » tuviera solamente alguna parte del poder que él » tiene, habria ya concluido ó procurado concluir

poner á salvo la Toscana, mucho mas que de Ingleses, de intrigas y pretextos del ambicioso emperador, que sin aquella garantia de nuestras armas podia encontrarlos fácilmente para alzarse con aquel reino, ú ocuparlo y consumirlo con sus tropas, como ya lo estaba haciendo con los estados pontificios.

» con todo príncipe reinante de una casa, que mien-
 » tras pueda algo, mirará el nuevo trono de la Fran-
 » cia como una rica herencia que le está usurpada.
 » Cárlos IV no piensa así, y su sabia política, y la
 » grandeza de su alma superior á las pasiones, lo
 » mantienen todavía de pie derecho. ¿Pero al fin no
 » es de temer que algun suceso inesperado, una com-
 » plicacion política, ó cualquiera otro motivo difícil
 » de preverse le ponga en un conflicto? ¿Y no podría
 » nacer este conflicto de la cuestion de Nápoles? Y
 » puesto que llegase, ¿quién sufriría en primera fila
 » las resultas de este encuentro peligroso? porque al
 » fin contra V. serian todas las iras, al menos las pa-
 » tentes, del emperador de los franceses. V. ha visto
 » cual ha sido la caida de un Colloredo, de un Lam-
 » berti, un Avesperg, un Collembach y tantos otros
 » en la catástrofe del Austria. Los monarcas son los
 » mas prontos para abandonar á sus amigos cuando
 » les llega un infortunio.... Si á España le viniera un
 » contratiempo... »

— «Yo no lo temo, amigo mio, le contesté al provi-
 » so interrumpiéndole; pero caso que tal viniera, y
 » que venir pudiese cuanto V. quiera imaginarse,
 » yo al menos no tendría ni la vergüenza ni el re-
 » mordimiento de haber huido tal peligro aconse-
 » jando á Cárlos IV su desdoro. Señor embajador,
 » lo que el emperador no hiciera si pudiera hallarse
 » en las mismas circunstancias en que se encuentra
 » el rey de España, no es justicia ni amistad que se

» le exija, porque de soberano á soberano, el honor
» del de España bajo ningun concepto es menos que
» el del emperador de los franceses. Cárlos IV se ha
» resignado á su dolor; no se busque tambien, lo
» que no es dable, que consienta á deshonorarse y á
» renegar de su familia... En cuanto á lo demas le
» diré á V., que derrocar toda una casa que tiene
» sus amarras en los siglos no es una empresa fácil.
» Nápoles no es España; Nápoles ha sufrido en todo
» tiempo el yugo del mas fuerte. La casa real de Es-
» paña no pierde cosa alguna en su poder porque le
» falte Nápoles, pierde sí en sus simpatías y en las
» tiernas afecciones de un hermano á otro hermano.
» Nápoles no ha sido nunca sino una carga nuestra,
» un lujo de grandeza solamente. La España es otra
» cosa muy diversa; á sus reyes los ama hasta la ido-
» latría, y en toda la extension que abarca su co-
» rona, á cada vuelta de camino, á cada palmo de
» terreno tienen quien los defienda hasta el postrer
» suspiro. Mas fuerza da al imperio la amistad de
» un Borbon reinando en los dos mundos, que po-
» dria nunca darle la caida de esta casa, si es que
» fuera posible echarla abajo. No quiero yo pensar
» que tal designio asalte la cabeza de nuestro grande
» amigo y aliado; España podria ser para el Imperio
» un grande escollo: los destinos del mundo po-
» drian jugarse en ella como se han jugado ya otras
» veces.»

— «Pero, príncipe, por lo que veo, dijo el em-
»bajador, V. está á la guerra.»

— «Yo estoy á lo que venga, le respondí con en-
»tereza. *Por amor al bien amo la paz, pero no ad-
»mito ley que sea en ofensa de mi rey* (1).»

— «V. avanza mucho, siguió luego; nuestra con-
»versacion de hoy no es una conferencia diplomáti-
»ca. Tan solo mi amistad hácia V. me ha inspirado
»lo que he dicho, y V. ha sospechado que venga de
»mas alto. Napoleon no dice á nadie sus secretos,
»ni yo presumo por ahora que los tenga contra Es-
»paña. La casa de Borbon, aun dado que la mire en
»general como enemiga suya, ofrece una excepcion
»en Cárlos IV. Créame V.; Napoleon no tan solo le
»ama, sino que le respeta.... pero V. ve que es una
»vida solamente la que se encuentra de por medio
»entre Napoleon y los Borbones; ¿quién podria res-
»ponder del príncipe de Asturias?»

— «De lo que es su existencia (respondí á esta

(1) La vehemente impresion que recibí aquel dia, me llevó hasta el extremo de hacer poner al pie de un retrato mio que acababa de hacer Goya para mi gabinete, las palabras que he rayado por debajo. No hago mencion de esto porque aquellas dos frases sean algun concepto peregrino, sino por muestra del estado á que llegaban ya las cosas, y de mi resolucion de hacer cara á cualquier desmandamiento de poder que Napoleon se permitiese con nosotros. Muchos de los que vieron aquel raro mote y viven todavia, podrán dar testimonio de este hecho.

» pregunta que envolvía gran malicia), de la guarda de su corona, y del mantenimiento de nuestro honor é independencia, responde toda España. En cuanto á sus relaciones con la Francia, yo no dudo que las mantenga y las respete cuando reine, lo mismo que su padre, mientras la Francia las respete de igual modo.»

— «Pero hablemos con mas franqueza, replicó el embajador, el príncipe de Asturias no es un amigo de la Francia; de V. lo es mucho menos. Mi objeto en decir esto, es que V. no se empeñe mas allá de lo ordinario en el puesto resbaladizo en que se halla, y que no se exponga á verse entre dos fuegos algun dia.... V. podrá entenderme.»

— «Señor embajador, le respondí, yo le agradezco á V. su buena voluntad si viene de V. solo; mas su consejo no lo acepto. Entre mil, no entre dos fuegos que me viera, no cambiaria de conducta. Por el príncipe no menos que por su augusto padre, y por todos hasta el postrer renuevo de su casa, daria mil vidas que tuviese. En encadenarme por Carlos IV, á quien todo se lo debo no he hecho mucho. Si su hijo es mi enemigo, será mayor mi mérito; de la mano de Dios y de la mano de los reyes se recibe del mismo modo el beneficio y el azote.»

— «Ya! el derecho divino....» dijo el embajador.

— «Los reyes, dije entonces, representan á los pueblos; y si *votarse* por la pátria, aunque sea

» injusta, es un gran merecimiento, votarse por sus
» reyes es lo mismo. No creo yo que deseche estos
» principios el emperador de los franceses. Trate V.
» con su influencia de cortar estos disgustos y de im-
» pedir un rompimiento peligroso á entrambas partes,
» tan amigas todavía. El honor del rey de España no
» le permite sancionar con su anuencia la caída de
» su hermano. Todo pende de mil sucesos hasta las
» paces generales. *Al amigo y al caballo no apretá-*
» *llo*, dice un proverbio nuestro. »

No se pasaron quince dias sin volver á la carga con mas fuerza. El embajador francés, ó mas sincero, ó encargado de aparentar y parecerlo, me habló con mas franqueza, ¡pero qué suerte de franqueza! No se trataba ya de miramientos y protestas ni aun en favor de Carlos IV. Beurnonville me hizo leer sus instrucciones. «La política del Imperio, de-
» cian éstas en sustancia, exige sacrificios desusados
» para llegar derecha y prontamente al principal
» objeto de la Francia, que son las paces generales.
» De no reconocer España al nuevo rey de Nápoles,
» tomarán pretexto para negar igual oficio las demas
» potencias que aun no han reconocido á aquel mo-
» narca, y la negociacion que está empezada con la
» Gran Bretaña habrá de hacerse mas difícil. Ya ha-
» ce tiempo que S. M. I. y R. comprendia bien que
» *la casa de Borbon era incompatible con la suya;*
» pero su moderacion, y ademas de esto la amistad
» que halló entablada entre la España y la repúbli-

» ca, le decidieron á aceptarla y mantenerla, no tan
 » solo con Cárlos IV, sino tambien , por sus respetos,
 » con su hermano de Nápoles enemigo porfiado de
 » la Francia. Amigo de ella , aun estaria reinando;
 » su perfidia y no la Francia le han quitado su coro-
 » na. Si Cárlos IV toma la demanda en favor suyo,
 » aunque esto sea pasivamente, se hace hostil á la
 » Francia, *y podrá llegar tal caso que el honor del*
 » *Imperio exija lo que aconseja la política, y que en*
 » *fin sean las armas las que controvieran esta y las*
 » *demas cuestiones que se agitan todavía en Europa,*
 » *porque el emperador no ceja en el camino que ya ha*
 » *andado, y seguirá mas lejos si lo estrechan, etc., etc.»*

» Tocante á mí, en otro pliego que me mostró el
 embajador con gran misterio como si hiciese una
 traicion á sus deberes, se le encargaba hablarme
 lisamente y sin rodeos, y advertírmelo de una vez,
 que mi lealtad caballeresca en favor de los Borbo-
 nes, la miraba el emperador como un estorbo muy
 mal puesto á su política; que haria muy mal en
 apoyarme en muros viejos que amenazaban ruina;
 que las virtudes no eran nada si no las gobernaba
 la razon y la prudencia; que le convenia á cada uno
 ver su buena hora y no desperdiciarla; que la for-
 tuna no esperaba, y otras mil frases de igual laña.
 «Y es preciso decirle, concluia la instruccion, que
 » en el terreno en que se encuentra no es posible *man-*
 » *tenerse, y que una de dos cosas es precisa, que suba*
 » *ó que descienda.»* (*Qu'il monte ou qu'il descende.*)

Los que me han vituperado de que intenté la guerra, deberían ponerse en lugar mio, y á sí mismos preguntarse qué habrían hecho en semejantes circunstancias. Si hubiera yo cedido, si me hubiera tragado tanta infamia, tan insolentes amenazas, proposiciones tan inicuas, ¿qué habrían dicho de mí los mismos que me tildaron de ligero y han vociferado que comprometí á mi pátria malamente con el emperador de los franceses? Para Napoleon desde aquel tiempo los nombres de alianza y vasallage volviéronse sinónimos; amigos y enemigos debían sufrir el yugo de igual modo; poder vencer, ó haber vencido, era lo mismo para imponer sus voluntades. La gran supremacia, no de opinion y de concepto, que en verdad la habia ganado, sino de accion y de mando, fué el delirio que la embriaguez de la victoria le produjo finalmente, verdadero delirio que terminó en demencia, pues sin ella no es explicable su conducta en los desconcertados pasos y en los violentos saltos que fué dando en los siguientes años hasta su final caida irremediable.

He contado lo que pasaba entre cortinas y no supieron muchos. Lo demas lo han contado los cronistas de aquel tiempo, y cualquiera podrá observar y conocer que aun aquello solo que fué público, dió sobrada ocasion para que España se debiese sentir herida gravemente y se pusiese en guarda. Para tratar de paces, la primera base de ellas que propuso la Inglaterra y que aceptó el

emperador, fué «que los dos estados se entendieran » de tal modo, que el resultado fuese honroso no » tan solo á las dos partes contratantes, sino á sus » respectivos aliados.» Napoleon mandó comunicarnos esta base convenida, mientras que al propio tiempo, sin mas poder ni autoridad que su albedrío, proponia á los ingleses resarcir al rey de Nápoles con las islas Baleares, y á ellos con Puerto Rico, y aun con Cuba. Si esta proposicion la hubieran aceptado los ingleses y la paz se hubiera hecho entre la Francia y la Inglaterra, hénos aquí en el caso, ó de haber cedido á la ignominia y dejado llevarse aquellas ricas posesiones, ó de haber tenido que lidiar á un mismo tiempo con entrambas dos potencias. ¿Se podia asi vivir en harmonía con aquel hombre tan osado y tan ingrato y tan infiel amigo?

Muchos se acordarán tambien de los escritos que se echaron á volar aquellos dias en Francia y fuera de ella contra las dinastías borbónicas, sin exceptuar de estos ataques ni aun la misma casa real de España, y en que se celebraba intencionadamente la política de Luis XIV y de Luis XV en haber sabido amalgamar la monarquía española y la francesa, y hacer un mismo cuerpo de las dos potencias en la balanza de la Europa por lazos y por pactos de familia, *mal seguros despues é incapaces de mantenerse aquellos lazos por maromas viejas empalmadas con las nuevas.* Estos folletos y libelos se escribian y

publicaban bajo la censura misma, tan rigorosa como era, del Imperio. Y lo que es mas, Napoleon no se guardaba de confirmar estos escritos por sus frases aceradas que corrían de boca en boca y que la historia ha conservado. ¿Desmintió nadie aquella especie que se contaba entonces de haber dicho, *que su dinastía seria bien pronto la mas antigua de la Europa, ó bien aquella otra, que sin tener el Mediodia no se podrian completar los radios naturales del Imperio,* ó la palabra que soltó, cuando vista la persistencia de nuestro gabinete en no reconocer al nuevo rey de Nápoles, dijo ya de una vez sin mas rebozo, *su sucesor sabrá reconocerlo?* Y sin ningun motivo de estos, sin que hubiesen pasado tantas cosas que dejo referidas, ¿se podia desconocer en el desate de proyectos que mostró aquel año, ni en ninguno de sus actos, cuales fuesen sus designios de señorío supremo á la redonda de la Europa? Si hasta entonces podia alegar que él no habia sido el agresor en la guerra que habia tenido con el Austria, ¿podia ya en aquel tiempo pretextar que no lo era, hollando la Alemania en plena paz con todo el peso de sus tropas? ¿Fué injusto el rey de Prusia, cuando pasados once años de contemplar la Francia y de evitar las armas contra ella, se decidió á tomarlas para salvar su independencía y la de todo el norte de Alemania? ¿Habia disimulado á Bonaparte pocos actos arbitrarios y otorgádole poca cosa, cuando cediendo tres provincias de su reino para engruesar á

la Baviera y dotar en Alemania en calidad de soberanos dos generales de la Francia, tomó en cambio el pais de Hanover, salvo luego el disputarlo con la Inglaterra y la Suecia? ¿Fué poca complacencia todavía la de cerrar sus puertos á estas dos potencias, empeñarse en la guerra contra ellas, y de neutral volverse un aliado de la Francia? ¿Fué alguna demasía del rey de Prusia, que disuelto por Bonaparte el viejo imperio de Alemania, y federado con la Francia el mediodia de aquel imperio, quisiera prevenirse confederando la otra parte, buscando alguna suerte de equilibrio y procurando la seguridad del norte? ¿Podia dejar la suerte de su reino al buen talante del gefe de la Francia que trabaja para aislarle en sus estados y arrancarle sus aliados naturales? La causa de la Prusia era la causa de la Europa, y de la España principalmente, que habia seguido con la Francia la misma buena inteligencia que la Prusia, y la veia tan mal pagada aun despues que habia hecho tan grandes sacrificios por evitar romper con ella. ¿Podia España vivir segura y no temer que oprimida la Prusia como el Austria, y acrecido el poder de Bonaparte sin mas bordes, viniese luego sobre ella á realizar los inicuos designios que ni aun se habia cuidado de ocultarle?

No habia mas salvacion que unirnos con la Prusia y con la Rusia resueltas ya á la guerra. Mi mayor trabajo fué persuadir á Cárlos IV de esta dura

necesidad en que se hallaba España. No temia por sí mismo, mas temia por sus pueblos. La idea de que un reves de la fortuna trajera sobre ellos un peso de desgracias como el que el Austria soportaba, embarazaba y oprimia su espíritu; pero veia tambien que pronto ó tarde amenazaba siempre el mismo riesgo y que era deber suyo prevenirle. Decidióse á la guerra, pero dudando siempre si esta medida era acertada ó si era prematura; no siendo su voluntad tan segura y absoluta como era necesario en tales circunstancias para obrar resueltamente. Uno de sus encargos mas estrechos fué no adelantar los pasos ni abrir negociaciones positivas con potencia alguna, que pudieran comprometernos y enredarnos con la Francia, si el emperador y el rey de Prusia, como al fin no era imposible, llegaban á ajustarse. Se estaba ya en setiembre, y el ministro prusiano Knobelsdorf se mostraba en París bajo el aspecto mas pacífico, mientras que al embajador francés M. de Laforet se prodigaban en Berlin todos los miramientos y atenciones que eran propias de una córte amiga de la Francia.

Yo no ignoraba en tanto cosa alguna. Nuestros ministros en Berlin y en Petersburgo (1) que sabian mi animo, me alentaban y me escribian, que la guerra era infalible, que el emperador de

(1) Don Benito Pardo Figueroa, y el conde de Noroña.

Rusia se proponia vengar su desastre de Austerlitz con todos los recursos de su imperio, y que la Prusia estaba pronta á alzarse en masa cuando no bastase á sostener su independendencia el numeroso ejército que se encontraba organizado y listo para romper el campo en breves dias. De estas fuerzas y de los medios concertados entre la Prusia, la Rusia y la Suecia, me enviaban los detalles mas exactos. Estas noticias venian bien con las que al mismo tiempo me comunicaba el baron de Strogonoff, nuevo enviado de la Rusia, hombre de bien, de fé segura, con quien podia tratarse. Venia provisto de poderes amplios para entenderse con nosotros, y él me hizo la abertura.

Esta feliz casualidad nos ofreció una coyuntura favorable para evitar los compromisos que podia traernos tentar pasos y negociar directamente con los diversos gabinetes empeñados en la nueva liga. Sobre todo nos convenia en aquel principio guardar mucha reserva con el gobierno ingles y no exponernos á que un dia, si por algun evento inesperado se llegasen á transigir las diferencias de la Prusia y la Rusia con la Francia, y volviesen á quedar solos los ingleses, revelasen estos en el parlamento nuestros tratos, como habian hecho pocos meses antes con la Prusia para indisponerla y enredarla con la Francia. Toda mi diplomacia se ciñó en aquellas entremedias á conciertos y convenios hipotéticos con el baron de Strogonoff; la buena fé y la mutua confianza de-

bian hacerlo todo sin sonar España en notas ni en tratados con las demas potencias. Los poderes de aquel ministro le autorizaban plenamente para pactar á nombre de Alejandro la obligacion expresa de no tratar de paces con la Francia, sin que mediase España en el tratado á su satisfaccion, y á no dejar las armas mientras pudiese sernos necesario su curso. Convenida esta condicion, se encargó Strogonoff de dirigir las demas cosas hasta despues de hacerse el rompimiento; y de su cuenta fué tambien haber de procurarnos los suplementos necesarios á los gastos de la guerra, ya fuese por empréstitos en paises extrangeros, ya incluyéndolos bajo mano en los subsidios con que debia asistir la Gran Bretaña á la Rusia y á la Prusia. Yo procuré evitar en este punto, mas que en otro alguno, todo género de obligacion directa y onerosa con la nacion inglesa, para excusar que pretendiese aquel gobierno unir sus armas con las nuestras en España; la independencia nuestra sobre todas cosas, aun para ser amigos y aliados. Si debian cooperar á aquella liga con fuerzas efectivas, lo habian de hacer no en España ni en Portugal, sino en Italia, Holanda, la Suecia ó en cualquier otro punto que las circunstancias indicasen, no siendo en la Península. Bastábanos el Portugal para ayudarnos, sin poder comprometernos como los ingleses, ni abusar de nuestro suelo. Yo estaba muy seguro por entonces de que no nos faltaria el gabinete lusitano; nuestro

interes y el suyo corrian la misma suerte. Mi reserva empero con sus ministros fué muy grande: Napoleón tenia un partido en aquel reino. La princesa del Brasil, que gozaba mucho ascendiente con su esposo y tenia grande influjo en el país, hija de Carlos IV, y Española antes que todo, tenia nuestro secreto y estaba grandemente preparada (1).

(1) Ha escrito el conde de Toreno en su obra ya citada muchas veces, que por el tiempo en que estoy hablando, di una comision secreta á su amigo don Agustín de Argüelles para abrir pláticas de paz en Inglaterra. Por mas esfuerzos de memoria que he procurado hacer, no he podido recordar que tal encargo hubiese dado ni al mencionado señor Argüelles ni á ninguna otra persona. Me acuerdo solamente de que tuve intencion de enviar algun sugeto que no fuese del cuerpo diplomático, para instruir verbalmente á aquel gobierno de nuestras intenciones, para proponer la cesacion de hostilidades de una y otra parte, y pedir la restitution de los caudales que nos fueron apresados en 1804; pero habiéndome ofrecido el baron de Strogonoff que su gabinete daria estos pasos amigables con suceso mas seguro, tengo para mí que ninguna persona fué enviada. Mas la memoria es frágil y quizá que yo me engañe. Lo que no puedo concebir es que don Agustín de Argüelles, si me debió esta confianza, la haya correspondido con los denuestos é improprios contra mí que ha referido el conde de Toreno; mas fácil me es pensar que ha faltado en esto á la verdad como en tantas otras cosas. Y aun aquí daré una prueba de que el tal conde por zaherirme escribia sin meditar, y ciego de tal modo que ni aun sabia guardarse y ocultar su mala urdiembre de mentiras, cuando dice por ejemplo;

¿Lo estábamos nosotros, habrá quien me pregunte, para tamaña empresa? Por mas gastos y atenciones que la guerra marítima nos hubiese producido, no dejé de la mano un instante la mejoracion, el buen arreglo y el aumento necesario del ejército

« que su amigo Argüelles, *vislumbrando* en su comision » un nuevo medio (yo no sé cual era el viejo) de contribuir á la caída del que habia destruido la libertad, » aceptó al fin el importante encargo confiado á su celo. » Pero ocultóse á Argüelles, sigue luego, lo que se trataba con Strogonoff, *y solo se le dió á entender que era forzoso ajustar paces con Inglaterra, sino se quería perder toda la América en donde acababa de tomar á Buenos-Aires el general Beresford.* » ¿Al leer tal baturrillo habrá alguno que le crea, ó que pueda concebir, que ni á Argüelles ni á ninguno se le hubiese dado comision para tratar de paces sin ningunas instrucciones, ni mas cosa que *indicarle* que eran necesarias estas paces? ¿Qué habria hecho el enviado con decir en Londres: *La España quiere paces por el temor que tiene de perder la América!* Para mentir, señor Toreno, se necesita que las cosas que se dicen sean creibles. Si la comision fue dada, debió decirse al encargado la intencion de apartarnos de la Francia y de romper con ella, no que el la *vislumbrase*; y añadir despues de esto algunas bases, ó tales condiciones cual fuesen convenientes, preliminares á lo menos. Si no hubo nada de esto, ¿cómo pudo merecer aquel encargo el nombre de *importante* que le da Toreno en el concepto de su amigo? Ni importante ni nada, ni ningun otro nombre podia dársele que el de necio y absurdo. Muy mas necio habria sido el que lo habria aceptado y estimádole importante. ¿Se cuenta asi la historia y se echan de este modo en un escrito grave embustes pelados y tan mal urdidos?

de tierra. Aun hallándose en pie de paz, ascendia en aquel tiempo á cien mil hombres de entre todas armas en servicio activo, sin incluir en este número otros cuarenta mil de las milicias provinciales siempre listas, ni los cuarenta batallones de marina que en caso necesario podian servir en tierra, tropa bien aguerrida y acostumbrada á los peligros. Llegado un rompimiento con la Francia, se hallaba todo prevenido para un nuevo alistamiento que formase la reserva, por manera que en pie de guerra se contase con doscientos mil soldados. A estos debian juntarse treinta mil portugueses en clase de auxiliares. Tengo ya referida la enseñanza que se daba en los diversos cuerpos del ejército: la moral del soldado era excelente, obra ya de cinco años de mejoras en los ramos todos del servicio, y de la buena disciplina que se hallaba establecida (1). Despues

(1) Los autores españoles de la *Historia de la guerra de España contra Napoleon Bonaparte*, bien que esta obra hubiese sido escrita, como ya noté otra vez, bajo la inmediata direccion de mis mayores enemigos en los primeros años de sus triunfos, y que en ella se hubiese derramado á toda anchura el odio inextinguible que me tenia Fernando VII, no se atrevieron sin embargo á negarme enteramente la justicia hablando del ejército; y añadida, rehecha muchas veces y agravada como fué aquella obra por la córte antes de darse al público, se escapó á la censura este ligero testimonio á mis servicios: «El »generalísimo, dueño de la confianza de su soberano, rodeado de los hombres de mas mérito, y teniendo á su

de esto, debía llamarse y levantar en masa á la España si llegaba á ser preciso, para guardar su independencia y debelar á un enemigo que forjaba ya sin encubrirse la cadena con que queria amarlarla al carro de su Imperio.

Aun con esto, me dirá alguno si contaba con generales y oficiales que oponer á los famosos capitanes del Imperio. Mas la respuesta está en la mano: contaba con los mismos que hacia ya doce años se midieron con los franceses cuando estos peleaban con el doble entusiasmo de la libertad y de la gloria, no por la gloria de un tirano; contaba con aquellos que se formaron luego bajo su direccion y su enseñanza; contaba en fin, para decirlo de una vez, con aquellos generales y oficiales que en Bailen marchitaron los laureles de Austerlitz, de Jena y de Friedland, y á quienes por primera vez en toda Europa se rindieron las legiones del Imperio haciendo ver al mundo que no eran invencibles; los que en los campos y confines de Valencia derrotaron al mariscal Moncey, y los que en Zaragoza, en

» vista los planes que habia reunido de todos los ejércitos
 » de Europa, hubiera podido dar al de España la forma
 » mas completa á su objeto; *pero seria injusticia no con-*
 » *venir en que lo mejoró considerablemente.*»

Debo advertir á mis lectores, que no habiendo podido procurarme esta obra en su original español, he copiado este pasage de la traduccion francesa que se hizo de ella y se publicó en París por el año de 1818.

Gerona, en Ciudad-Rodrigo y en tantos otros puntos, solos y sin ninguna ayuda de extrangeros, hicieron mas creibles en la historia los prodigios sobrehumanos de Numancia y de Sagunto. Ninguno de estos hombres habia salido de lo oscuro; todos se hallaban empleados en mi tiempo; y amigos ó enemigos míos, si de este género habia alguno por entonces, puestos los tenia yo por cima de la envidia en las primeras plazas del ejército, y era yo su firme escudo, su verdadero amigo, pues me bastaba para esto que ellos lo fuesen de la patria y que pudieran serle útiles. Cuenten los de Aranjuez quien galió de sus filas y dió los dias gloriosos que aquellos dieron á la España. Fué un Infantado! un Villariego! un Jáuregui! un Montijo...!

Perdon, lectores míos; vuelvo ya á mi camino, y seguiré á buen paso, porque me afligen mucho los recuerdos de aquel tiempo, de aquel octubre de 1806 que debió librar á España de las calamidades que vinieron luego sobre ella, y en que ví desaparecer enteramente y convertirse en negro al porvenir tan lleno de esperanzas que yo buscaba y que yo ansiaba por nuestro bien y el de la Europa toda.

Para poner en pie de guerra nuestro ejército nos sobraba el achaque de estar amenazada la Península de una invasion de ingleses (1). El movimiento

(1) Poco tiempo antes, por el mes de agosto, habia llegado al Tajo el lord San Vicente con una grande escua-

iba á empezarse; mas, desgraciadamente, aunque sin retractar su voluntad, notaba yo en el rey que vacilaba algunas veces, siendo mayor su hesitacion cuanto mas se guardaba de consultar y de tomar consejo de ninguna otra persona por no exponer aquel secreto. Su oscilacion iba creciendo á medida que meditaba mas sobre aquel paso que iba á darse.

Amigos y enemigos casi todos me han improbadado mi proclama del 6 de octubre; y lo que es mas, yo mismo conocia que aun no era tiempo de lanzarla. Mas temia por instantes que revocase el rey su voluntad y se frustrase aquel designio. La proclama fué el solo medio que encontré para afirmarle en su propósito, y que pasado el rio, se resolviese á ir adelante. Yo no la dí sin su permiso, pero tan mutilada, tan oscura y tan equívoca, como despues se vio. Cárlos IV me hizo mudarla y remudarla, tejer y destejer y variarla de mil modos, pero al fin

dra y con tropas de desembarco. El objeto de esta expedicion fué incitar el Portugal y toda la península á la guerra. La proposicion me fué hecha, pero la resistí, porque si bien pensaba ya en la guerra, ni era tiempo de mostrarme todavia, ni queria yo ingleses en España. Portugal se negó del mismo modo. Despues se empezó á hablar de un armamento formidable que disponia con gran misterio la Inglaterra y que podria tener á España por objeto. Por mas falsos que fuesen estos ruidos, bastaba que sonasen para fundar nuestro armamento sin dar alertas á la Francia.

se dio (1). Si cometí un error obrando de esta suerte y por tal se me cuenta, sírvame de disculpa mi lealtad, mi amor al rey, mi amor á su familia, y el amor á mi pátria, cuyos riesgos, aun vistos desde lejos, ocupaban á todas horas, de dia y de noche, mis potencias y sentidos.

Muchos me han argüido de que en vez de hablar yo, no hubiese aconsejado al rey dar su voz á la España y dirigirle él mismo su palabra augusta. No era tiempo, responderé; el rey no debía hablar sino llegado el caso de declarar la guerra y de encontrarse todo listo para comenzarla. Mi proclama era una alerta solamente á que debía seguir la voz del rey mas adelante; y esta proclama, como dije antes, al mismo tiempo que una alerta, fué un ardid con que buscaba yo afirmar la voluntad del rey que se mostraba vacilante. Mi objeto era tambien, cual mi lealtad me lo inspiraba, comprometerme yo tan solamente, y que viniendo mal las cosas, ó torciéndose en un principio, fuese yo el responsable de aquel hecho y no el monarca. Para satisfacer á Bonaparte, dado el caso de verse en este extremo, habria bastado á Carlos IV separarme de su lado y desterrarme: mi cabeza tambien la habria yo dado por salvarle. Y en verdad, que aunque por parte suya no fuí la

(1) Esta proclama y las órdenes que fueron dadas á las autoridades, se hallarán entre los documentos justificativos, núm. IV.

víctima de aquel empeño, fuílo al fin del furor y del teson de mis contrarios á quien desbarataba sus proyectos si se emprendia la guerra. He aquí ahora de que manera se entrelazan y se complican los destinos.

Decidido á la guerra, habria tenido yo muy grande apoyo en la princesa María Antonia viendo cumplirse ya sus votos. Mas por desgracia para España (que por tal y muy grande se debió contar en aquellas circunstancias) habia muerto pocos meses antes (1). Mis enemigos la adulaban mostrándose mas bien ingleses que españoles, y mantenian su ódio en contra mia pintándome á sus ojos como un obstáculo invencible para cambiar nuestro sistema de política. No tenían otro medio, ni de darse importancia, ni de anidarse en el palacio bajo el abrigo de

(1) En 21 de mayo de aquel año. No me detendré á refutar las inicuas sospechas que algunos pocos malvados pretendieron esparcir de que habia muerto envenenada. Sabido fué de toda España que aquella princesa adolecia de tiempo muy antiguo de una tisis tuberculosa que desenvuelta por sus grados naturales remató sus dias. Los reyes napolitanos, haciendo poco aprecio de aquel achaque de su hija y ocultándolo á los nuestros, concertaron su enlace malamente, y la sacrificaron dirigiéndola á un pais como Madrid, de un clima tan diverso del de Nápoles. Su asistencia fué esmerada: los siete profesores de cámara del rey que velaron largo tiempo por la salud de la princesa, pudieron alargar su existencia cuanto alcanzaron los recursos del arte; pero la enfermedad era incurable.

los dos esposos, sino el de figurar que trabajaban por hundirme y hacer prevalecer á la Inglaterra. Para llegar á un resultado por tal medio en daño mio, veia muy bien Escoiquiz que el camino era largo y muy incierto; muerta empero la princesa, vió abrirse un nuevo cielo á sus designios. Napoleon buscaba entronques reales para elevar á su familia y asegurarse mas de sus aliados; el príncipe heredero de la monarquía española le podia convenir en gran manera para enlazarlo con su casa y hacer entrar la España en el sistema del Imperio. Nada mas fácil por tal medio que derribarme á mí, aislar á Cárlos IV, darle su paz en un retiro, reinar su hijo en lugar suyo, y al modo de Alberoni en otro tiempo, el fautor de estas cosas hacerse el hombre de la España. ¿Qué le importaba ésta si conseguia sus votos! El poder lo cubria todo en aquel tiempo. ¿Por ventura en Italia, en la Suiza, en la Holanda y en la Alemania, se encontraban mal vistos los que amarraron su pais al señorío de Bonaparte?

Tal era el modo de pensar de Escoiquiz. ¿Qué debió suceder, cuando leida la proclama y comprendido bien su objeto, vió que habrian de convertirse en humo sus proyectos si quebraba nuestra amistad con el emperador de los franceses? La faccion escondida que él gobernaba á su placer desde Toledo y se hallaba ramificada en todo el reino, fué puesta en movimiento para esparcir de boca en boca que iba yo á perder la España, á quitarle su paz y

su reposo, á enagenarle un aliado cuya gloria se derramaba sobre ella, á combatir al mismo que habia restablecido el sistema monárquico y el sistema religioso, á exponer todo el reino á ser entrado á sangre y fuego, y á poner en cuestion nuestra existencia cometiendo los mismos yerros que habian perdido al rey de Nápoles. Este murmullo sordo comenzó á ser sentido en muchas partes, siendo de notar que se movia mas bien entre las clases elevadas, y mas especialmente entre clérigos y frailes. Ni paró en esto solamente, pues las intrigas se cruzaban y llegaron hasta el palacio con anónimos que hallaron modo de dirigir á Cárlos IV. Yo tambien recibí algunos, y uno de ellos fué una apostilla á mi proclama, llena de sarcasmos y amenazas. Y en aquellos mismos dias, el príncipe de Asturias se dirigió á su padre y le llevó otro anónimo que dijo haber hallado en su cartera, papel artificioso en que mis intenciones eran alabadas y se impugnaban solamente en calidad de impracticables, hecho en él un cuadro y un resúmen de las fuerzas del Imperio: tales eran las precauciones y el amaño con que Escoiquiz lanzaba sus cautelosos tiros y hacia jugar por diferentes modos los resortes de esta cábala (1).

(1) Lo que refiero aqui no son conjeturas ni visiones. Yo ignoraba todavía que Escoiquiz era el motor de estos pérfidos manejos. Súpelo ya muy tarde, cuando entre las muchas revelaciones que el príncipe Fernando hizo á sus

No necesito contar mas para que cada cual conciba cuales debieron ser las impresiones que produjeron estas cosas en el ánimo del rey que tan vacilante anduvo en resolver la guerra. De los que consultaba acerca de ella, á unos los via perplejos; á los que menos, tibios; á los mas, temerosos; á algunos, asombrados. Y he aquí en esto, para mayor desgracia, que llegan las noticias del desastre del ejército prusiano! Nadie se guardó entonces de aconsejar al rey que desistiese del empeño comenzado. Yo me hallé casi solo para tentar de persuadir á Carlos IV contra estos débiles consejos. El uno de mis medios fué extender por escrito, lo primero, las razones favorables en que podia fundarse la esperanza casi cierta de un buen éxito; lo segundo, para lo último, y que hiciese mayor fuerza, los peligros que amenazaban al estado de no tomar las armas en aquella coyuntura tan propicia, visto que si en buena paz, y obligado por tantas pruebas de amistad sincera con que S. M. habia cumplido los debe-

padres despues que habia obtenido su perdon en la causa del Escorial, les refirió que aquel anónimo se lo habia dado su maestro, y que de éste y sus amigos habian salido los demas que fueron dirigidos al palacio. Añadió ademas de esto, que por el mismo tiempo hubieron de enviar otro anónimo al emperador en contra mia, del cual el duque del Infantado le prometió una copia que nunca le fué dada.

res de aliado , habia pensado sin embargo Bonaparte derribar tambien á los Borbones de la rama española, se habria de afirmar mas en su propósito, si volviendo triunfante, y desechado ya el temor de las demas potencias de la Europa, se encontraba con un motivo, mas ó menos aparente, para mostrarse hostil contra nosotros, solos ya entonces para hacerle frente. En cuanto á razones favorables, hacia yo ver al rey la escasez de recursos militares en que la Francia se encontraba para acudir al Mediodia con fuerzas respetables; la posicion difícil en que se via el emperador sin poder desmembrar su ejército del norte, obligado como se hallaba á combatir la Rusia que se acercaba ya al teatro de la guerra con fuerzas superiores, y tenia en favor suyo la cercanía de sus provincias, el clima y el invierno, con mas la concurrencia activa que le prestaba la Suecia, no vencida ni quebrantada todavía, la diversion que debia hacerse al ejército de Italia por la parte de Nápoles, donde crecia la insurreccion de las provincias, á donde la Inglaterra dirigia socorros eficaces, donde habrian de llegar en breve tiempo los armamentos sicilianos, y deberian tambien llevarse diez mil soldados nuestros (1); la actitud

(1) En un proyecto aprobado ya por Cárlos IV, se debian enviar á la Calabria cinco mil soldados nuestros y reunirseles otros tantos que guarnecian la Toscana. A nuestros infantes se les habria puesto en salvo trayéndoles á España, y dejando establecida una regencia hasta llegar al fin de los sucesos.

en fin, que yo sabia muy bien del Austria, silenciosa, pero manando sangre sus heridas, con cien mil hombres en Bohemia, dispuesta para obrar y desquitarse en la primera coyuntura favorable que le proporcionasen los sucesos. «Muy difícil será, » concluia yo, que se ofrezca á la Europa en adelante ocasion mas propicia para quitarse el peso de la » Francia y poner freno á Bonaparte. Y en cuanto á » España, añadiré, que habrá de ser la única para » poder salvarla y evitar mas tarde una gran lucha » desastrosa (1). »

Yo predicaba en el desierto. Dábanme algunos

(1) Los que juzguen imparcialmente verán bien que yo no estaba alucinado. Nadie ignora cuan laboriosa fué la campaña de Polonia, cuan empeñada y que dudosa aquella lucha por espacio de seis meses, cual el gasto de soldados que hizo el emperador, llegando hasta el extremo de tomar adelantadas las conscripciones de dos años (1807 y 1808); cual el disgusto que se mostró en la Francia sobre aquella guerra, y aun en el mismo ejército; cuales y que terribles los combates que ocurrieron entre rusos y franceses; cual la escasez de provisiones en aquella tierra retirada; los sufrimientos que produjo la intemperie de aquel clima, y la sangre que costaron á la Francia las batallas de Pultusk y de Preusch-Eylau en que por ambas partes guerreantes se cantó victoria. ¿Qué habria sucedido si atacada la Francia al mismo tiempo por doscientos mil soldados españoles y portugueses, hubiera echado el Austria de reposo sus cien mil hombres de Bohemia que esperaban nuestro rompimiento? Se habria salvado España, se habria salvado Europa toda.

la razon , pero los mas temian poner á un dado la fortuna de la España , y engañados por las intrigas que movian mis enemigos , afirmaban que aquella guerra no tenia el voto de la España. ¡Rigor de los destinos ! ¡Quién mas que yo evitó comprometerla mientras se pudo conservar su paz y mantener su independencia sin asociarla á guerras locas é impolíticas que pudieran haberla sumergido? Y he aquí , llegado el caso del peligro y la certeza de salvarla , los que habian deseado que la España se implicase en ellas cuando pudieron ser su ruina , los que formaron hasta entonces el partido de Inglaterra , vueltos amigos de la Francia repentinamente , trabajaban en favor de ella , y posponian la patria á sus designios y á sus traidoras esperanzas.

Triunfaron los malvados. Cárlos IV desmandó la guerra , tristemente persuadido de que el voto de la España era contrario á ella. Para mis ojos , aquel día se desataron en sus sienes las lazadas de su real diadema. ¡Oh ! ¡cuántas veces me lo dijo cuando vió cumplidos mis pronósticos !... De allí , de un paso en otro , de un yerro en otro yerro , se ordenaron las demas cosas que el temor aconsejaba. Pronto ! un embajador extraordinario para felicitar á Bonaparte por sus triunfos , y si dudaba de nosotros mentirle mil excusas. Yo me habia retirado del palacio aquellos dias llorando los destinos de mi patria , y con vergüenza , sin ser yo quien debiera avergonzarse de salir al público. Mas cuando supe aquel acuerdo ,

volé al instante á ver al rey, y le pedí con ansias que me salian de mis entrañas, que tomase otro medio mas seguro de calmar á Bonaparte. Díjele con verdad, bien persuadido de ella, que este medio era apartarme de su lado y cargarme á mí tan solamente aquel designio de la guerra; que esta medida, al mismo tiempo que seria bastante para complacer á Bonaparte y dejarle en gran manera satisfecho, salvaria tambien en adelante mi honor comprometido, y que si alguna vez, llegado el caso de cumplirse los trabajos que amenazaban á la España, podia yo serle útil, me encontraria á su lado ciertamente hasta verter la postrer gota de mi sangre. ¡Tiempo tambien perdido! Negóse Cárlos IV terca- mente á concederme mi demanda. Me quedé para victima, atado de pies y brazos, y próximo al sa- crificio.



CAPITULO XXV.

Continuacion del anterior hasta marzo de 1807. — Dificultosa posicion de nuestro gabinete. — Explicaciones de Napoleon con nuestro embajador en Berlin. — Mis reiterados consejos al rey acerca del Portugal. — Reconocimiento del nuevo rey de Nápoles. — Establecimiento del almirantazgo. — Llegada del nuevo embajador frances Francisco de Beauharnais. — Comunicacion á nuestra corte del decreto de bloqueo de las Islas Británicas. — Observaciones sobre este decreto. — Auxilio que nos pidió Napoleon de una division militar española. — Opinion mia contraria á la concesion de este auxilio. — Resolucion favorable de Cárlos IV sobre esta peticion. — Partida de la division española para el Norte. — Mis instrucciones y últimas palabras al marques de la Romana encargado del mando de aquellas tropas.

Muchos han sido los que han dicho que mi mayor altura de poder fué aquella en que me hallé los dos postreros años de mi mando, y que las riendas del estado me fueron entregadas á mi pleno arbitrio. Y cabalmente jamas fué menos aquel poder tan decantado, nunca me halle tan circunscripto con facultades mas tasadas, obligado á llevar aquellas riendas, no á mi agrado sino al ageno, por el ca-

mino sin salida y sin defensa que me fué trazado, donde querer salir á salvo equivalia á pedir milagros. Los que quieran juzgarme imparcialmente, deberán colocarse ó suponerse en igual caso en que yo estuve, considerar atentamente la estrechura en que fuí puesto, y graduar aquel error, aquel gran yerro capital á que el rey fué inducido de desmandar la guerra, y quedarse sin mas fuerza contra el emperador de los franceses que la razon y la justicia. No fuí yo quien formó la voluntad del rey; al contrario, la suya y la de otros me fué impuesta. ¿En dónde está aquel grado de poder que se ha querido atribuirme? Nunca se pudo ver mas claramente que no era yo un valido: siéndolo, habrian triunfado mis consejos, ó por mejor decir, el rey no habria escuchado mas consejos que los mios. ¿Qué era yo en tal altura donde me hallaba puesto? Una criatura suya, obligada de tantos modos como yo lo estaba por sus favores sin medida, que lo amaba despues de Dios y lo reverenciaba como la cosa mas sagrada; incapaz de hacer nada, ni aun el bien sin un permiso suyo, por quien hubiera sido poco dar mi vida, por quien aventuré, harto á sabiendas mias, lo mas precioso de la tierra para el hombre público que es la opinion y el fallo de la historia: *ó guerra ó servidumbre*, era ya en aquel tiempo el cartel insolente que tenia puesto Bonaparte á todas las naciones. Yo preferí la guerra, yo estaba preparado, y yo la quise en el momento perentorio.

rio que ofreció la fortuna de poder emprenderla con feliz agüero. Se me impidió el hacerla y se me impuso el triste cargo de conseguir por medio de lisonjas, de deferencias y humildades, lo que debió obtenerse por las armas, ó ser perdido honrosamente. No se diga, por Dios, que fué ambicion por no dejar el mando, el aceptar aquel empeño donde via yo el naufragio casi cierto y muy de cerca. Retirado del mando, ninguno de los males que vinieron y que debian venir forzosamente, se me hubiera atribuido. Yo habia hecho el bien que habia podido, no habia dañado á nadie, no habia expuesto mi patria á los desastres que padecieron tantos reinos y gobiernos, la habia tenido en paz con todo el continente, me gozaba de verla intacta en los dos mundos, y no olvidado ni dormido acerca de ella en las borrascas de la Europa, al primer viso de peligro, aparejada su defensa á la hora y punto que se hizo necesaria y que era tiempo conveniente, no me arredró ningun temor para tomar las armas y entrar en la palestra, donde aguardaban la señal, donde nos esperaban muchos pueblos ansiosos de rescate. Desbaratados mis proyectos; cuánto no habria ganado dejando á mis contrarios el terreno en que ellos se habian puesto y en que debian perderse! Lo que yo habria perdido en aparato y en humos de grandeza, lo habria ganado en honra. ¡Y qué no habria ganado, despues de esto, sustrayéndome en mi retiro á los enojos del prínci-

pe de Asturias! Yo no le habia agraviado en cosa alguna: me pintaban como un estorbo á sus deseos y pretensiones; quitado aquel estorbo por mí mismo habria cambiado sus ideas, y la experiencia que habria hecho de los suyos le pudiera haber desengañado en favor mio. ¿Y se podrá creer que de mi propio acuerdo renuncié á estas ventajas tan positivas y evidentes por guardar un poder que iba á hacerse tan peligroso, tan precario, tan desairado, tan cercano de la ignominia? Nó; cerca de Carlos IV no era dueño de hacer mi voluntad, sino la suya. ¿Fué virtud, fué flaqueza obedecerle hasta aquel punto? Fuese virtud, fuese flaqueza, fué un verdadero sacrificio, fué abnegacion entera de mí mismo. Los que aun puedan dudarle se hallarán obligados á explicar, como fué que llegada la catástrofe de Aranjuez y de Bayona, lejos de atribuirme sus desgracias se culpó á sí propio de las mias, y tomó tan á pechos mi salvacion y mi defensa. ¿Sucede asi frecuentemente con los reyes? ¿De qué provino esta excepcion, que lo es en realidad de los ejemplos que en semejantes casos se encuentran en la historia? Carlos IV lo dijo muchas veces de palabra y por escrito: *él se ha sacrificado por haberme obedecido* (1).

(1) Cuando en noviembre de 1806, pedia yo á Carlos IV, con el mayor ahinco, la libertad de retirarme si

He aquí pues ya la verdadera época en que nuestra alianza con la Francia comenzó á hacerse dependencia, si bien no fué esta dependencia tan absoluta y tan tirante como en las demas potencias que rodaban ya de antes, ó entraban nuevamente en el sistema planetario del Imperio (1). Temiónos un momento Bonaparte como temió tambien al Austria, mientras no habia triunfado de la Rusia y estaba en nuestras manos y del Austria haberle atravesado en su carrera victoriosa. Halágonos entonces con aquel género de halagos con que sabia envolver las ame-

no se hacia la guerra, y le representaba los peligros que debian venirle de no hacerla, me dijo un dia estas palabras que jamas se borrarán de mi memoria: »Yo soy mas amigo tuyo que tú lo eres de tí mismo. Si por seguir tu parecer y hacer la guerra nos viniera una ruina, te podria yo argüir de que me habias perdido; mas cometido el tuyo al mio y haciendo lo que mando, si viesiese igual mal, yo no podré culparte.» Y así se vió, que lejos de culparme aquel buen rey, cuidadoso de mí otro tanto ó mas que de sí mismo en los acerbos dias de su infortunio y mio, alzó su voz en mi defensa, se afaná por salvarme, y hasta el fin de sus dias me honró con su amistad y fué mi solo amparo entre los hombres.

(1) En 11 de diciembre de 1806, el elector de Sajonia Federico Augusto celebraba ya su paz con el emperador de los franceses, y se agregaba á la confederacion del Rhin. Las demas ramas de su casa imitaron su ejemplo. Poco mas tarde se inscribieron en la misma confederacion diferentes otros príncipes alemanes de las casas de Anhalt, Schwarzburgo, Lippe, Reuss, Waldeck, etc.

nazas y dorarlas. No le costaban nada sus protestas de amistad ni las melosas quejas de cariño; prodigando estos medios, viendo nuestro desmayo y contemplándonos vencidos sin haber peleado, siguió adelante tras de su fortuna, y se afirmó en sus votos y propósitos de completar su Imperio al medio-día y al occidente como lo estaba haciendo en Alemania. Desmandada la guerra, nuestra corte, sin aguardar preguntas, dió parte á la francesa lo menos mal que pudo, de los preparativos militares á que se habia movido, por los rumores, dijo, que corrian de armamentos ingleses destinados á invadirnos con fuerzas formidables. Nada fué replicado acerca de esto: corrian en Francia iguales voces, y si no nos creyeron, hicieron muestra de creerlo. Pero Napoleon se dió en Berlin por entendido con don Benito Pardo nuestro embajador en Prusia. Acabado un recibimiento del cuerpo diplomático, dirigióse á Pardo con las maneras mas garbosas, y guiando á otro aposento trabó con él un gran coloquio, de aquellos que solia cuando se hallaba en vena de discursos y convenia á sus intereses. Este coloquio fué pacífico y templado, una conversacion entreverada de amistad y de quejas muy medidas, de la cual por conclusion rogó á Pardo que hiciese un fiel traslado á nuestra corte, y en que mostró tal interes que quiso revisarlo por sí mismo y hubo de corregir alguna que otra palabra menos almibarada que se le habia escapado en su viveza. De esta con-

versacion se ha hablado por algunos, mas con pocas variaciones. Referiré en resúmen lo que conservo en mis recuerdos.

Dió principio el emperador pidiéndole noticias de la salud del rey, y expresando sus votos de que viviese mucho tiempo, para ser como hasta entonces un vínculo de paz entre la España y el Imperio y su aliado el mas seguro, el mas constante, y el primero de todos en su afecto. Pardo le contestó en el mismo estilo; y acabada esta parte de lisonjas: « Sí, le dijo el emperador; V. ve que voy delante » en conocer esa virtud genial y esa lealtad del rey » de España: vería su firma puesta en contra mia, y » no podría creerlo y la tendria por falsa. Tal es la » persuasión en que me hallo de su amistad conmi- » go; pero quiero decirle á V, y que lo escriba, que » á esa amistad tan verdadera que me profesa Cár- » los IV hay una mala especie de polilla que trabaja » en carcomerla. Ese gusano es un temor mal en- » tendido, una cierta desconfianza que reina en vues- » tra corte sobre mi política. Se me tiene por ambi- » cioso y no lo soy; mis enemigos solamente me han » hecho parecerlo. Años van; muéstreme el que pu- » diere algun amigo mio á quien hubiere yo da- » ñado: lejos de ser asi, con mis amigos y aliados » reparto yo mis triunfos. Tiempo hay ya que la Es- » paña pudiera reinar sola en la Península; ella no » lo ha querido. El Portugal debia ser suyo, yo se » lo hubiera dado, ella seria mas poderosa, y á mí

» me habria quitado muchas inquietudes. Muy sa-
» tisfecho estoy por sus esfuerzos y sus heróicos sa-
» crificios en la guerra marítima: mas yo á mi vez
» la he contemplado, no exigiéndole que concurra
» á las del continente donde me ataca la Inglaterra
» harto mas que en los mares, donde ella sola es
» quien pelea. Austriacos, rusos, prusianos y suecos,
» cuantos me han combatido antes de ahora ó me
» combaten al presente, son ingleses, pues por ellos
» son pagados. Y en verdad, señor embajador, que
» si la Francia sucumbiera en esta lucha, sucumbi-
» ria tambien la España y no seria su parte la menos
» dolorosa. Todos mis aliados, á excepcion de la Es-
» paña, pelean entre mis filas, mientras ustedes
» gozan las dulzuras de la paz en sus hogares
» y la estan disfrutando hace mas de diez años,
» siendo la Francia su muralla contra todos los mo-
» vimientos de la Europa, sin ahorrar su propiasan-
» gre; sino vertiéndola á torrentes en estas guerras
» inhumanas que nos promueve la Inglaterra. Esto
» conviene que se entienda y agradezca en vez de
» dar oidos á las sugeriones pérfidas de ese gobierno
» maquiavélico... Nó, no se extrañe V.; estoy hablan-
» do como amigo, no ignoro nada, señor Pardo: los
» ingleses son los autores de esas desconfianzas y esos
» miedos que se infunden á la España; yo sé quanto
» se afauan al presente por moverla en contra mia,
» y conozco bien el instrumento que han hallado
» tiempo hace en el partido del príncipe heredero.